

## Ad Minoliti

### Monumento a una mariposa

Por Sofía Dourron

Ad siempre creó espacios. Dentro de la pintura o fuera de ella, se preocupó por alterar las formas de la arquitectura para criticar los preceptos modernistas que —a mediados del siglo XX y de la mano del Modulor de Le Corbusier— habían negado la existencia de cuerpos y formas de vida no hegemónicas. En 2015, durante una residencia en Puerto Rico, mientras continuaba sus investigaciones sobre el programa Case Study Houses de la revista *Art and Architecture*, que determinó el rumbo de la arquitectura moderna, trabajó también en la ONG local Save a Gato, que brinda cuidados a los felinos que históricamente han ocupado las calles del viejo San Juan. De ese encuentro entre la queerización de los principios heteronormativos de la arquitectura y la necesidad de crear refugios seguros para nuestros compañeros no humanos, nacieron las *Case study cat houses*: pequeñas casitas para gatos que, además de resguardarlos de las tormentas tropicales, exhiben en su exterior las fantasías abstracto-utópicas con las que Ad reimagina el mundo.

Desde entonces, su práctica pictórica y especulativa se encuentra íntimamente relacionada con las formas en que los cuerpos humanos y no humanos son habilitados a ocupar el espacio. Tanto sus universos “peluche” como su reciente *Hotel para pájaros*, concebido para alojar golondrinas, pájaros carpinteros, agateadores, y petirrojos en los Jardines suspendidos de Le Havre, en Francia, combinan pintura, arquitectura y ahora también intervenciones ambientales. Con esta combinación de herramientas, Minoliti acciona sobre nuestros entornos para modificarlos, convocando también a audiencias no humanas; actualmente, las mariposas.

Hace unos años, notó que un grupo de mariposas monarca y espejito sobrevolaba la terraza de la casa a la que se acababa de mudar. Buscaban las plantas que la ocupante anterior había sembrado y que, hasta pocos meses antes, habían sido su hábitat: una combinación de especies hospederas que servían como sitio de reproducción y flores nectaríferas que les proveían alimento. En estos ecosistemas, las orugas se transforman en pupas o crisálidas y, finalmente, en mariposas, para reiniciar una y otra vez el mismo ciclo vital, mientras alimentan a otras especies, polinizan flores y contribuyen a la resistencia de la biodiversidad.

La necesidad de reconstruir el hábitat para las mariposas desplazadas motivó a Ad para crear un nuevo jardín poblado de tasi, mburucuyas, salvias nativas, entre otras. Con el tiempo, el pequeño jardín se convirtió en un vivero doméstico donde Ad y su mamá, Cecilia, cultivan plantas nativas para repartirlas en terrenos recuperados y huertas comunitarias, con el deseo de repoblar la ciudad de las mariposas que —como las de su antigua terraza— han ido desapareciendo junto con sus espacios de reproducción.

*Monumento a una mariposa*, una serie de pinturas y dibujos en los cuales la geometría desplaza a los binarismos de género y de especie, da cuenta del ciclo de vida de la mariposa Bandera argentina o, como se la conoce en Uruguay, mariposa de las Coronillas. La manifestación visual de las transformaciones que llevan a estos insectos voladores de huevo a oruga, de oruga a pupa y de pupa a mariposa, y el pasaje de la individualidad al agrupamiento en su etapa de oruga, nos acercan a formas de gestación de la vida que para nuestra imaginación urbana casi rozan lo fantástico.

La imagen de la mutación opera en esta serie como un modo de acercamiento a aquello que nos han enseñado a rechazar: lo feo, lo distinto, lo monstruoso. La geometrización antiadultista de Ad construye, en cambio, formas para la empatía que circunvalan el acto reflejo de la repulsión. Si la mariposa es universalmente símbolo de belleza, la oruga representa el extremo opuesto de lo no humano: la otredad absoluta que provoca miedo, asco e incluso violencia extrema. En el ciclo de vida de las Bandera argentina, Minoliti encuentra un vacío visual y afectivo para abordar las formas de lo no humano y empatizar no solo con sus formas y colores, sino con la totalidad de sus modos de vida.

En el jardín de la galería se plantó un Coronillo, uno de los árboles que alimenta —y da nombre uruguayo— a esta subespecie de mariposa. La placa de cerámica modelada por Cecilia para acompañarlo reconoce la necesidad de repensar nuestro vínculo con los entornos que nos rodean, de desarrollar empatía y solidaridad no solo hacia las mariposas, sino hacia todos los insectos que nos pican, nos molestan, nos repelen y que, sin embargo, son esenciales para la continuidad de la vida en la Tierra. Por ahora, y mientras crece, el pequeño arbolito funciona como un símbolo, es el brote de un monumento que algún día también será hábitat.